

Los franceses tienen una locución que empieza diciendo: «Es como una posada española», tiene un final desolador: «...donde uno no encuentra más que lo que lleva». La Conferencia de Madrid podría ser la posada española que cada uno encontrase en ella lo que llevase en sus valijas diplomáticas: la buena o la mala voluntad.

LA POSADA ESPAÑOLA

EDUARDO HARO TECLEN

EL 1 de agosto de 1975 los jefes de Estado o de Gobierno —España: Arias Navarro— de 35 países europeos (Estados Unidos y Canadá se consideraban como europeos a estos efectos) firmaban en Helsinki el acta final de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa. Una idea que venía rondando al mundo desde varios años antes —desde que se demostró que había formas posibles de coexistencia—, pero que encontraba resistencia muy fuerte en los medios conservadores de occidente. La base principal de la resistencia estaba en la eterna dialéctica entre la fuerza y la negociación. Todavía dura, y todavía está presente —quizá con más fuerza que entonces— en esta fase de la Conferencia de Seguridad y Cooperación que se abre en la «posada española»: quizá con más vigor que entonces. La idea conservadora consistía en que cualquier negociación con la URSS era equivalente a estabilizar su régimen y su fuerza en Europa; por lo tanto, en el mundo; lo útil y lo realista —decían— era continuar una política de disuasión por las armas y el cerco. Se encontraba fácilmente el fondo de los que se

manifestaban contra la Conferencia de Helsinki: Solyenitsin —acusó a Ford de «traición occidente» por participar en la Conferencia— en nombre de los disidentes rusos (una voz invalidada por sus trémolos de la Santa Rusia zarista, por su fanatismo religioso; por su fascismo); China, por la conveniencia de que la URSS se siguiese encontrando con suficientes amenazas en el «frente europeo» como para no ejercer presiones excesivas en sus fronteras asiáticas; la Democracia Cristiana alemana, fundada como gran vigía de occidente en la guerra fría, y con su irredentismo de la «otra» Alemania; y en los Estados Unidos, el gran sector de los duros, representado por el senador Jackson. Ford y Kissinger acudieron con reticencias, con todo el escepticismo posible —que siguieron manifestando después de la celebración y la firma—, pero conducidos por lo inevitable. Nada ha cambiado cinco años después.

Los principios del Acta de Helsinki —era sólo una declaración de principios, sin verdadera fuerza coactiva para imponerlos— se centraba en la libre circulación de hombres y de ideas en toda Europa, libertad para la circulación

de la información, normalización de relaciones, respeto a la soberanía de la información, normalización de relaciones, respecto a la soberanía de cada integrante, y a su sistema político, renuncia al uso de la fuerza... Por primera vez los países pequeños tenían la misma voz y el mismo voto que los grandes; por primera vez se comprometían todos a modificar sus regímenes interiores con arreglo a unas normas generales. Tenía bastante más interés que el de ser un mero «carnaval», como escribió un despectivo comentarista del «New



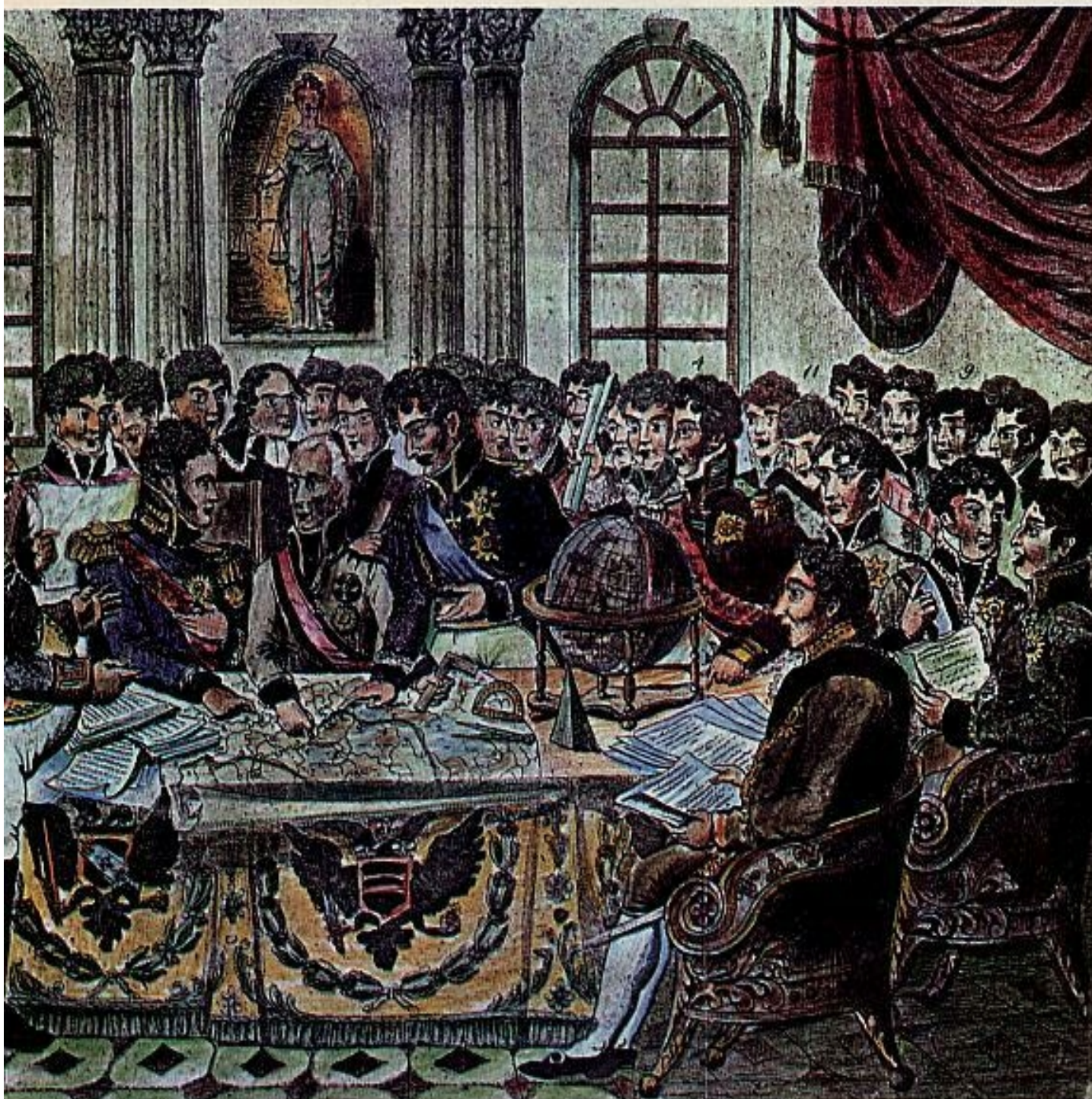
Una sesión del Congreso de Viena (1814-1815) en el que se intentó alcanzar un sistema de equilibrio real y duradero para Europa. En el grabado se puede ver a sus principales participantes alrededor de la mesa de negociaciones: de izquierda a derecha, los reyes de Dinamarca, Baviera y Wurtemberg, el zar Alejandro, Francisco I, Federico Guillermo III de Prusia, el duque de Wellington, el príncipe elector de Hesse, el duque de Brunswick y Talleyrand.

York Times». Por ejemplo, las grandes potencias europeas comenzaban a ver la posibilidad de desprenderse, por esa vía, de la tutela de Estados Unidos en sus relaciones con la URSS; y los países del Pacto de Varsovia encontraban una posibilidad de deshacerse de la hegemonía soviética (Rumanía fue uno de los países que más insistió en la celebración de la Conferencia). España veía que el compromiso de Helsinki podía ser una vía para su propia democratización (aunque faltaban tres meses para la muerte de

Franco, aunque estuviera representada por el cerrado Arias Navarro, tan poco querido que el año siguiente se quedaría incluso sin acta de diputado en las primeras elecciones libres). De una manera global, se intentaba acabar con el orden antiguo: es decir, con el de la guerra fría. No resultaba la Conferencia de Helsinki, aunque después la siguiera la fase de Belgrado en la que predominó la negativa, tan inútil. No va a resultar inútil la Conferencia de Madrid, a pesar del bloqueo sintomático que se ha producido en su

fase de preparación y de la agravación de la situación mundial.

Hay, de todos modos, un pesimismo histórico en torno a las negociaciones de paz y de arreglo mundial. Un pesimismo que procede de la expansión del ideario conservador, que sigue teniendo más medios de difusión que el contrario. El sociólogo de la guerra Gaston Bouthoul —inventor de la palabra «polemología» y de la expresión «el fenómeno-guerra»— cifra los tratados de paz conocidos en la historia del mundo en 8.000; que han sucedido cada uno de



LA POSADA ESPAÑOLA

ellos a una guerra y ha precedido a otra. Esta constatación es casi una certidumbre, que se ha exacerbado sobre todo en la consideración de las grandes reuniones para estabilizar el mundo. «La Congrès ne marche pas, il danse», dijo el Príncipe de Ligne refiriéndose al de Viena (en España se tradujo por «El Congreso se divierte»). El Congreso de Viena se pareció mucho, salvo en el fasto —en esta época, la moda es la austeridad— a la Conferencia de Seguridad: participaban los vencedores de Napoleón —en Waterloo— y el enjambre de los pequeños países sobre los que se trataba de reconstruir Europa. «Después de la salida de los soberanos cuenta De la Garde-Chambonas, cronista del Congreso— las orquestas empezaron a tocar valsos (...). Cuesta trabajo concebir el imperio ejercido por el vals (...). Hay que ver a estas arrebatadoras mujeres, radiantes de flores y de diamantes, arrastradas por la irresistible armonía, cogidas del brazo de sus bailarines y parecidas a brillantes meteoros; hay que ver la brillante seda, la ligera gasa de sus vestidos, obedecer al impulso del baile y dibujando graciosas ondulaciones...». Pero el Tratado de Viena, firmado entonces por Austria, Francia, Gran Bretaña, Portugal, Prusia, Rusia y Suecia, no resolvió nada. «De él surgió un nuevo mapa político de Europa, pero fundado en los principios legitimistas del Antiguo Régimen y sin que la voluntad de los pueblos de Europa —que habían derrotado a Napoleón—, fuese tenida en cuenta» (Giralt, Ortega y Roig). No sabemos lo que en materia lúdica tendrá organizado el Ministerio de Asuntos Exteriores para los modernos congresistas en esta «posada española»; tal vez algún tentadero, quizá alguna cena medieval de las que anima Roberto Carpio o algún espectáculo de Roberto Carpio. Probablemente nada. El pasodoble es imposible ya.

Los recuerdos de las grandes ocasiones de estabilización se desvanecen. Westfalia o Munich, Yalta o Versalles. Viejos figurones de museo, carne de historiadores hambrientos, tema de cronistas. A

cada paz, cada guerra. A cada desarme, su arma. Hay que recordar que la primera negociación sería de desarme en Europa —cuando el mundo era Europa— sucedió en La Haya al comenzar el siglo. Era el año en que se inventaba la ametralladora Maxim. Pensemos el camino recorrido desde entonces por el armamento, que llega ahora a magnitudes infinitas, y la escasez de progreso hecha en materia de desarme. Es una desesperación.

Sin embargo, no hay que cargar con este pesimismo histórico la Conferencia de Seguridad y Cooperación, y su fase de Madrid. Tiene el suyo propio, sin necesidad de herencias. La idea de desacralizar las guerras, de mostrar su capacidad de horror y de destrucción, es relativamente nueva. Cada vez se va teniendo más presente que si las conferencias de paz no han servido para nada —quizá para comprender en ellas, ya, los motivos de la guerra siguiente— las guerras tampoco. Su carácter resolutivo no ha sido nunca más que un mito, y se puede decir también que cada guerra ha engendrado

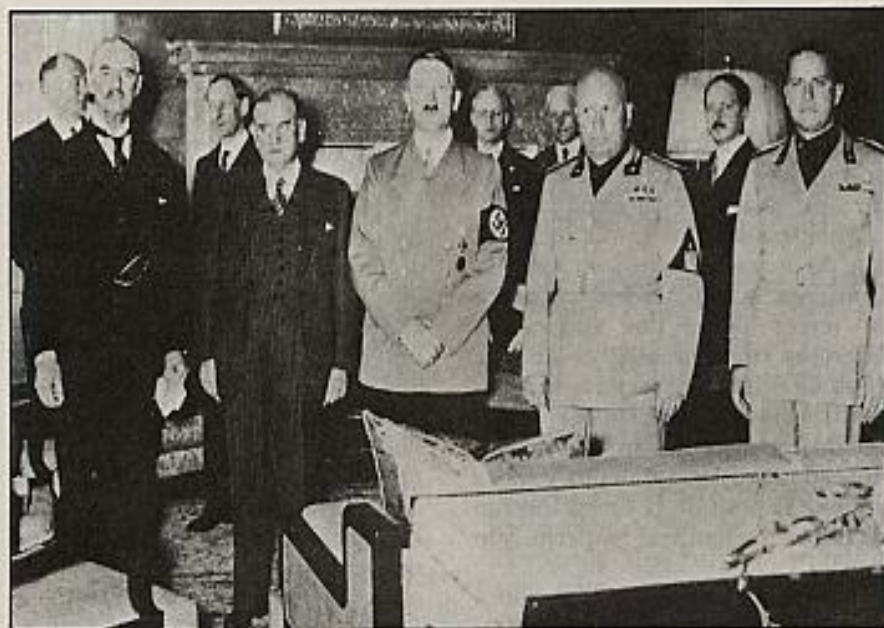
Catalina II de Rusia, el emperador germánico José II y Federico el Grande de Prusia, ejecutores de la primera partición de Polonia en 1772.



otras. La Conferencia de Seguridad reúne, quizá por primera vez —hubiese sido el propósito de la ONU, y los principios están en sus textos fundamentales— una serie de propósitos de enmienda, una especie de conciencia colectiva: una suma de funciones prácticas y de morales de derechos del hombre. Se enfrenta, también por primera vez, con la idea de la imposibilidad de la guerra y, por lo tanto, con la alternativa de que la paz es el único recurso. Tampoco examina la paz de una manera idealista, como un estado bucólico o como un amor repentino de unos por otros, sino como una cierta resignación mutua; algo a lo que nos tenemos que ir acostumbrando. Hay, dentro de estos grandes monstruos marinos —como el Leviatán—, que se enfrentan con voracidad, como una penetración de lo que va a ser la nueva filosofía —no confundirla con los «nuevos filósofos», que representan precisamente lo contrario— de un futuro posible: la comprensión de que las verdades absolutas no existen, y de que los valores definitivos están sometidos cada mañana a una revisión. No deja de ser una esperanza. Los pueblos han sido siempre así: los magos y los guerreros de sus tribus fueron los que inventaron los absolutos. Están en regresión.

El pesimismo propio de la Conferencia de Madrid, aparte de las herencias y los arrastres históricos, está en una determinada configuración del mundo que resulta muy peligrosa; y que se acentúa de día en día de una manera uniformemente acelerada. Esto es lo que hace que haya más interés en acudir a todas las posibilidades de paz.

La configuración del mundo, cuyas líneas se cruzan directamente en esta Conferencia, presenta un conflicto principalísimo: el de occidente, construido desde hace siglos como una sociedad que explota a otras (gracias a lo cual ha podido construir su filosofía, su pensamiento, sus artes) y que por primera vez se ve claramente desafiada por esas otras. La construcción de la civilización enormemente refinada («sofisticada», di-



Británicos, franceses, alemanes e italianos firman el Tratado de Munich, en 1938. De izquierda a derecha, Neville Chamberlain, Edouard Daladier, Hitler, Mussolini y Ciano.



Stalin, Roosevelt, y Churchill durante la Conferencia de Teherán (20 de noviembre-1 de diciembre de 1943).

cen los malos hablitas, que no sólo son los políticos de UCD) y enormemente delicada: vulnerable. Si centramos el eje principal del problema en Estados Unidos, cuyo papel en esta Conferencia, como en todo lo que sucede en el mundo, es trascendental—nos encontramos con que vive una contradicción: siendo dueña del principal arsenal del mundo —capaz

Noviembre 1980

por si solo de destruir varias veces, si fuese posible, la vida sobre la tierra—no se encuentra segura de poder dominar a las pequeñas naciones que le suministran las materias primas y la mano de obra barata que necesita para continuar su civilización, de la que tiene el concepto de que es imprescindible e invariable. Es el complejo de Gulliver, atado por kilómetros de

hilos aparentemente tenues y hostigado por diminutos alfileres. Ha experimentado esta impotencia de la potencia por lo menos tres veces en su historia inmediata: en Corea, donde no pudo apagar en su favor una guerra adversa; en Cuba, donde no ha podido eliminar un régimen hostil y que le ha privado de algunos de sus bienes, a pesar de haberlo intentado en algunas ocasiones, y en Vietnam. Tiene, además de la fuerza, una vieja conciencia democrática y una fundación antiimperial, que la pone en contradicción con lo que uno de sus pensadores llamó «el imperio involuntario», y esto produce una continua herida en su sociedad y en su concepto del mundo. La idea principal que tienen los círculos dirigentes de esta impotencia es que la muralla reside en la Unión Soviética y en el miedo al riesgo de una guerra generalizada. El ensayo general de coexistencia que inició Kennedy a raíz de una de estas situaciones de frustración —el descubrimiento de los cohetes en la Isla de Cuba: la «Crisis del Caribe» de octubre de 1962—, fue una manera de intentar un reparto global del mundo con la URSS, de forma que sus fuentes de aprovisionamiento en los países proletarios no fueran cegadas. Sobrevaleó, entonces, el poder de la Unión Soviética. Es cierto que esta utiliza como puede ese tipo de juego de peones; pero sólo como puede, porque se le escapa de las manos. La rebelión del tercer mundo marcha por sí sola, incluso por encima de sus regímenes; como en Vietnam, como en Irán. Al mundo de Occidente le ha fallado dos veces su idea de la magnitud del comunismo mundial: una, al considerarlo como enemigo poderoso, otra al considerarlo como aliado omnipotente. Todo tiene sus medidas, y es difícil que desde Washington se comprenda con todo su alcance la simetría con Moscú, que es otro Gulliver atado y estaqueado. En estos momentos, prevalece en los Estados Unidos la idea de que la URSS es el primer enemigo y que, sin ella, el dominio de las naciones proletarias volvería a ser como antes. La verdad es que nada vuelve

triunfo 29

LA POSADA ESPAÑOLA

a ser como antes, y que la despedida al mundo antiguo debe estar ya escrita por los antifonistas de nuestra era.

Al considerar el tema de Afganistán —que debería ser la gran estrella de la Conferencia de Madrid, aunque ahora se haya oscurecido por la guerra del Irán— los Estados Unidos apenas han tenido en cuenta que la URSS estaba sufriendo con su misma simetría; con la dolorosa necesidad de evitar una brecha en sus fronteras y apuntalar un régimen precario, y con la posibilidad, ya realidad, de encontrarse con una resistencia similar a la que los Estados Unidos han encontrado en otros lugares. Pero la URSS se encuentra con que en realidad ha perpetrado un acto contra el Acta de Helsinki, y que este acto es unánimemente reprobado (la excepción del partido comunista francés y del portugués no son más que epifenómenos). Ha ido a violar precisamente aquello que el Acta trata de prevenir: el derecho de un pueblo a vivir por sí mismo, la soberanía de los demás. Ha sabido contenerse, hasta ahora, con Polonia, que puede ser una brecha más significativa; y en un examen ucrónico de la situación, podríamos especular que sin la Conferencia de Madrid en puertas —y sin las elecciones de Estados Unidos y las de Alemania Occidental—, quizá su grado de ingerencia habría sido mucho mayor. Pero la herida de Polonia, haga lo que haga, es incurable. Si la restaña por la fuerza como si la deja abierta. Y es incurable precisamente porque el tipo de rebelión que se ha realizado va contra los principios mismos del comunismo establecido; contra los puramente materiales —se le ha planteado como un conflicto de clases sociales— y contra los espirituales, puesto que representa una rebelión apoyada por la mística católica; precisamente en un momento en que el catolicismo polaco está representando en el mundo una última lucha contra la relatividad de las verdades, contra la discusión de los principios antiguos (Jomeini, en otro aspecto, representa lo mismo que Wojtyla: el último sobresalto de los profe-

tas). Las rebeliones se producen lo mismo en el imperio de la URSS que en el de los Estados Unidos, y se aferran a lo que pueden: nacionalismos, razas, religiones, historicismo, leyendas, para defenderse de una sola cosa: la explotación.

Mientras los dos Leviatanes tratan de manejar pro domo sua la Conferencia de Madrid, aparece un tercer bloque que apunta sus intereses como puede: el de Europa Occidental. Sufre las mismas contracciones que los Estados Unidos: construyó su civilización delicada y su pensamiento y hasta aligeró el peso de la lucha interna de clases mediante el Imperio, y lo perdió.

Los beneficios los recibe ahora por la mediación y la administración de los Estados Unidos, prestándole a veces su territorio para bases militares, sus técnicos y pensadores para alimentarle, sus

ramente satisfecha de este mercado; sobre todo, no está satisfecha de sus riesgos, y no comparte la idea de que la fuerza ha de prevalecer: una razón es que perdió su imperio por la fuerza, y por un gulliverismo parecido al actual; otra es que no la tiene, que no la domina. Europa piensa ahora lo que los Estados Unidos pensaron al arranque de la época de la coexistencia, y lo que quizá tengan que volver a pensar: que debe tratarse de evitar que la URSS sienta el peso del cerco, que se puede negociar con ella y traficar con sus angustias mutuas; y que las naciones proletarias pueden negociar su energía y su mano de obra de otra manera. Están, se piensa, deseando hacerlo. Solo se trata de darles una posibilidad de justicia relativa: aunque sea renunciando en parte a los beneficios de la civilización. Son naciones



Vista general de una sesión de la Conferencia de Potsdam celebrada en esta ciudad alemana del 17 de julio al 2 de agosto de 1945.

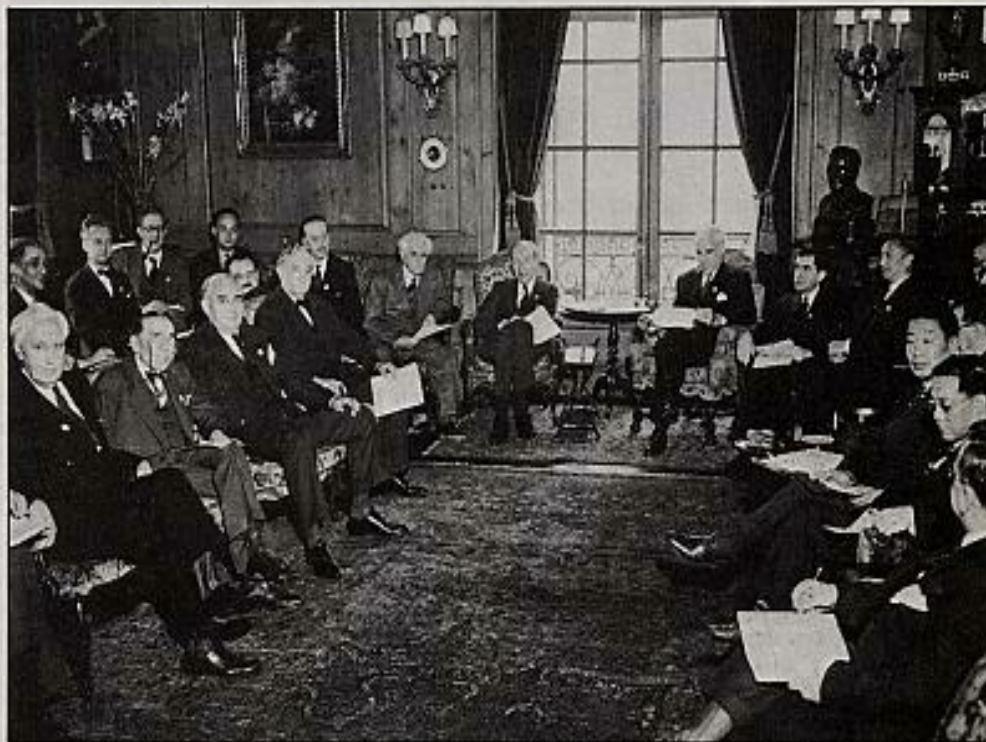
obreros para las multinacionales y su economía y sus finanzas para desahogo de los Estados Unidos, que exportan sus problemas. Una parte de Europa, principalmente representada ahora por Francia y Alemania Federal, no esta ente-

interesadas primordialmente en que la Conferencia de Madrid prospere, en que no se vea bloqueada por la intransigencia.

No todas las naciones europeas piensan así; o pueden pensar así. Las hay que se ven sin fuerzas

para ello, o que necesitan sobre todo el apoyo de los Estados Unidos. Turquía ha forzado un golpe de estado militar para no perder ese apoyo; Italia bloquea a sus propios comunistas y Portugal se enfrenta con ellos. España, a juzgar por los enfrentamientos de su embajador en la Conferencia preparatoria, Rupérez, con la delegación soviética, y por los «estrechamientos de lazos» de las visitas españolas a Washington, está prefiriendo perder su papel de posadero español y dejar que los otros traigan su almuerzo envenenado antes que dejar de representar la óptica de los Estados Unidos. Un grupo de naciones menores juegan también la carta de la pacificación, de la «détente»; y las naciones sometidas hoy a la URSS por la vía del Pacto de Varsovia juegan, como pueden, sus posibilidades de independencia.

Lógicamente, el interés primordial de la Conferencia está en que los principios conseguidos en ellos, los acuerdos esenciales que se obtengan con regateos y por intercambios mutuos se cumplan. Toda la dialéctica de la conferencia preparatoria y todas las escaramuzas de la definitiva se centran, precisamente, en el examen y juicio de lo conseguido desde Helsinki hasta nuestros días. Es una fase prevista, pero la Unión Soviética quiere reducirlo al mínimo posible: Estados Unidos está dispuesto a utilizarlo como acta de acusación. En realidad, nadie podría tirar la primera piedra, porque todo el mundo tiene sus pecados, grandes o pequeños; pero el precepto no es más que evangélico, y en la realidad y desde siempre el más pecador es el que más piedras tira. En esta ocasión, España va a poder presentar su balance ufano; desde que la representó en Helsinki un enviado de Franco hasta nuestros días, la mejora del régimen interior y la adopción de preceptos democráticos es considerable. La opacidad de estos últimos tiempos en materia de libertades individuales y colectivas no es suficiente para estropear un balance amplio. Pero a nadie se le oculta que no es España el tema; ni siquiera Turquía, que se presenta en Madrid



Las delegaciones de los «cinco grandes» —Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y China—, en los debates de la Conferencia de San Francisco, (1945).

con un golpe de estado y la suspensión de toda clase de garantías. Ni aún parece que la Unión Soviética tenga mucho interés en airear el «dossier» de las violaciones de Estados Unidos, acusándola incluso por la provocación de la guerra contra Irán. El intento principal de la URSS es el de encontrar que la Conferencia es positiva. Sería efectivamente desastroso que en la primera fase se encontrase que Helsinki no sirvió de nada, y que los principios son papel mojado; no merecería la pena proseguir con las fases siguientes, ni con las convocatorias posteriores. Que esa sea la finalidad última de los Estados Unidos es algo que no debe excluirse. Estados Unidos tiene una seguridad mayor si admistra directamente sus relaciones con la URSS, en cualquier sentido —en el de la presión o en el de la negociación—, que si intervienen en ella 34 naciones más.

No cabe duda de que el interés de las dos grandes potencias está en capitalizar los resultados de Madrid en favor de sí mismas.

Pero el interés europeo está puesto precisamente en Europa, cuyo nombre lleva la conferencia. Una base primordial es que haya la mayor desmilitarización posible del continente; otra, que circule un cierto aire de libertad en sus fronteras, y que los países que forman su mapa se respeten mutuamente y no constituyan una amenaza los unos para los otros.

Esperar un resultado definitivo es una utopía. Toda la historia atravesada, siglo tras siglo, hasta este momento, representa —salvo en momentos estelares— lo contrario de lo que trata de representar la conferencia de Madrid: los poderes absolutos, las guerras como fuente de riquezas. Los cinco años transcurridos desde el 1 de agosto de 1975 hasta nuestros días son como un grano de arena en una infinita playa. De lo que se trata es de que crezca y se multiplique. El interés de todos está en cuidarlo, en hacerle fructificar. Aunque haya que esperar decenios, quizá centurias, antes de que comience a servir para algo. E. H. T. ■